

categorías doctrinarias. De este modo, la alienación ideológica, aunque en menor grado que respecto a los comunistas, fue un factor de importancia en su incapacidad para encontrar respuestas nacionales.

Sobre el trasfondo de aquella división de corrientes se pueden discernir las dos fuerzas opuestas que corroyeron la organización. Por un lado, se manifestó la descomposición moral y política de quienes olvidaron las reformas en el lecho de Procusto del "reformismo". Por el otro, la ineffectividad y la frustración de quienes no podían conjugar su postura verbalmente revolucionaria con el marco básico de la coyuntura. Los dos grupos, tirando cada uno para su lado, terminaron por destrozar la estructura partidaria.

Por último, cabe analizar el papel del Partido Comunista en el proceso. Aunque en escala menos pronunciada que en el caso anterior, ese partido también experimentó un desgaste pronunciado en el período, que contribuyó a reducir la gravitación de la izquierda en la constelación política. Entre 1941 y 1945, su votación bajó de 65.000 a 46.000 votos y su cuota electoral del 14 al 10 %. Respecto a esta declinación, que lo mismo que en el caso socialista envuelve la pérdida de una gran oportunidad, la razón principal parece estribar en el peso abrumador que tuvieron las "variables externas" en su pauta de conducta; los cambios de la situación internacional fueron la brújula de todos sus movimientos estratégicos y tácticos.

En tanto el cuadro exterior reclamaba la acción común contra el nazismo, todas las contradicciones internas se relegaban y con ellas también la posibilidad de cambios progresivos. Asimismo, cuando mudaron las circunstancias, los alineamientos y exigencias de la "guerra fría" pasaron a subordinar cualquier particularidad del panorama nacional. No es el momento de abundar sobre esta cuestión por demás discutida. Sólo nos interesa señalar que ella implicó para los comunistas una meridiana "pérdida de contacto" con la masa popular, tanto o más preocupada de los nuevos problemas y opciones nacionales que de los lejanos, aunque vitales, eventos extranjeros.

Como se ha visto, el comprensible deslizamiento radical hacia

la derecha, sumado a la disminución de influencia de los partidos Socialista y Comunista, causaron el eclipse del Frente Popular; pero lo curioso es que no hubo rompimiento estruendoso. Más aún, combinaciones que de hecho o abiertamente se montaron sobre acuerdos entre radicales y los partidos de izquierda se prolongaron hasta fines del decenio. Sin embargo, se rompió el nervio de esas alternativas, el pacto de radicales y comunistas —y violentamente, en 1947—, precisamente después que ambos partidos se habían unido para elegir presidente a González Videla. La razón es clara: así como las circunstancias internacionales fueron decisivas para la aparición de combinaciones "frentistas", así también el término de la alianza contra el nazismo y la siguiente "guerra fría" resultaron más influyentes para su crisis que cualquier factor interior.

Recapitemos ahora, para terminar esta parte, el lado económico del proceso.

Dijimos antes que en el período que se abre después de la crisis y especialmente después del estallido de la guerra, la estructura productiva se modificó apreciablemente en el sentido de corresponder más de cerca a la "diversificación" social y política. Pero estos términos y su vinculación hay que entenderlos en su realidad dinámica. Esto es, si la primera se hizo más "moderna", también se acentuó la complejidad y "sofisticación" del cuadro social con la gravitación abierta de los grupos medios y obreros y sus organizaciones políticas. Se planteó así una "carrera" entre ambos planos, que puede sintetizarse en una competencia entre el ritmo del desarrollo económico y el del "desarrollo político".

EL FRUSTRADO "TERREMOTO" IBANISTA

Quienquiera que hubiera analizado las circunstancias chilenas en los años que eslabonaron el decenio del 40 con el siguiente podría haber presumido que la ruptura del radicalismo con la izquierda daría origen a una alternativa política obvia y, en cierta medida, existente de hecho: la alianza del partido de centro con la derecha.

Los perfiles de la coyuntura parecían muy propicios para ese enlace. La guerra de Corea causó una expansión considerable del comercio exterior, que se propagó a toda la economía por la vía de los gastos fiscales y los créditos privados. Por otro lado, en parte por ese factor y más aún por haber "madurado" algunas inversiones principales iniciadas en años anteriores —sobre todo en la planta de acero de Huachipato—, tuvo lugar un verdadero salto en la producción industrial. En principio, pues, estaban dadas las condiciones para una salida conservadora que implicara una consolidación del nuevo *establishment* sociopolítico que se había gestado en el segundo quinquenio de la década del cuarenta.

Sin embargo, la realidad demolió estruendosamente tan razonables perspectivas. A fines de 1952, el ex dictador Ibáñez, sin contar con el apoyo de ninguno de los grandes partidos, arrasó con sus rivales y con la llamada "voz de las cifras".

A la distancia se pueden recapitular con alguna certeza las raíces del "fenómeno Ibáñez", las cuales, dicho sea de paso, nunca quiso estudiar o comprender el oficialismo político.²¹

En el fondo podría distinguirse la fusión de dos elementos claves: una personalidad carismática y la masa heterogénea de los "marginados" de todas las capas sociales, unidos nada más que por su descontento y separados por las más opuestas interpretaciones respecto al sentido e implicaciones de su candidatura común.

Esta combinación de elementos se manifestó con claridad en los primeros años del fascismo y del nazismo, pero no es extraña a América Latina. Perón y Janio Quadros son dos nombres que vienen de inmediato a la memoria, que asocian una parte de la extrema derecha, que anhela un orden autoritario, y a la masa despolitizada, atraída por las facetas populistas, convergiendo ambas corrientes en la antipatía por el "juego político" tradicional y por la inmoralidad en los asuntos públicos. Tampoco es una coincidencia que tanto Ibáñez como Quadros levantarán como emblema una escoba.

Para esclarecer la relación entre los términos básicos del

²¹ ¡Una figura sobresaliente del radicalismo lo interpretó como una manifestación de "450 mil tonfos"!

fenómeno vale la pena recordar que Ibáñez, once años antes, había intentado reaparecer en la política como candidato de la derecha contra el representante radical Juan Antonio Ríos, que agrupó al frentismo y a una fracción liberal y consiguió derrotarlo con amplitud. De nada valieron entonces el magnetismo del general y las evocaciones del "Chile nuevo" de los eufóricos años finales del decenio del 20, lo que es prueba suficiente de que "el horno tiene que estar para bollos" para que irrumpen los caudillos providenciales.

Evidentemente, si en 1941 las condiciones reinantes no eran apropiadas, las cosas mucho habían cambiado en 1952: el mito personalista brotó en terreno abonado.

Una razón meridiana fue el desgaste del radicalismo después de casi tres lustros en el poder. Si bien los años posteriores (1950-52), como dijimos, se caracterizaron por el dinamismo relativo de la economía, ese *boom* transitorio no consiguió atenuar el disgusto de gran parte de la opinión pública con un régimen que se estimaba huérfano de ideas, carente de solvencia moral, frívolo y zigzagueante. Por otro lado, las ganancias eventuales de esa fase pasaron desapercibidas ante el recrudecimiento de la presión inflacionaria, originado por elementos económicos bien notorios, pero ligado también directamente al debilitamiento de la plataforma política del gobierno y al acosamiento de sus enemigos desde todos los ángulos ante la proximidad de otra elección presidencial.

Hay otro aspecto en la historia del vendaval ibañista que merece recuerdo y análisis: la división de sus adversarios en tres corrientes, que disputaron tanto entre sí como con el triunfador.²²

La significación de este aspecto no radica, a nuestro juicio, en que otra composición de fuerzas podría haber cerrado el camino a la victoria de Ibáñez. Lo que interesa destacar, en cambio, es la reiterada demostración de miopía política ofrecida en esa instancia por los partidos de derecha y el radical-

²² La derecha levantó a Arturo Matte Larraín; radicales y demócratas, a Pedro Enrique Alfonso; y los comunistas y una parte de los socialistas, a Salvador Allende. La otra facción socialista apoyó a Ibáñez.

lismo. Y decimos reiterada, porque ya en 1946 había ocurrido algo similar.²³

En verdad, existían, como se ha visto, condiciones objetivas meridianas para que radicales y derecha llegaran a un acuerdo. Esto se reflejaba hasta en la personalidad de sus candidatos. El radicalismo había elegido a una de sus figuras más conservadoras, amén de respetables. La derecha había salido de sus yermos cuadros partidarios para levantar un candidato ligado a las finanzas y a la industria, de visión social amplia y que había colaborado con gobiernos radicales anteriormente. Sin embargo, pudieron más los exclusivismos partidarios y la insensibilidad respecto a lo que estaba ocurriendo en el subsuelo social con el catalizador ibañista. Es, sin duda, un ejemplo típico, y además representativo, del peso que tiene en Chile la estratificación partidaria.

Por otro lado, debe subrayarse que el divorcio de los sostenes del "orden constituido" infló las proporciones de la victoria de Ibañez, creando el espejismo de una onda arrolladora que lanzaba por los aires todo lo existente.

La realidad, más allá de los cómputos electorales, era diferente. El Chile "oficial", de derecha, centro e izquierda, estaba desarticulado y atónito, pero las circunstancias objetivas e institucionales en que afincaba sus raíces ciertamente no habían desaparecido. Más aún, si el peligro no los había unido antes, él estrechaba ahora sus filas, asociando también a la extrema izquierda, que tenía pesadillas con el fantasma de una segunda edición de la dictadura.

Vale la pena anotar que la realidad descrita se encontraba reforzada por una característica del proceso político que, por desgracia, no es exclusiva de Chile. Nos referimos al hecho que no estando sincronizadas las elecciones presidenciales con las de parlamentarios y regidores, es corriente que cada mandatario elegido tenga que lidiar con agrupaciones hostiles, o, por lo menos, divorciadas de la combinación que llega a La

²³ En las elecciones de ese año los partidos de derecha se dividieron entre Eduardo Cruz Coke (conservador) y Fernando Alessandri (liberal). Una fracción radical apoyó al segundo, en tanto que el grueso del partido respaldó a Gabriel González.

Moneda. El sistema, aparte de reducir el dinamismo de los nuevos gobiernos en su coyuntura más propicia, es un horno auspicioso para calentar tensiones y abrir camino a todos los juegos paralizantes de la politiquería personal y de capillas.

Con ese cuadro al frente, es razonable presumir que la única oportunidad hipotética que tenía el ibañismo para asentar su triunfo residía en aprovechar el golpe electoral para desentender en seguida una acción de corte revolucionario capaz de montar las bases de otra estructura de poder.

Pero esta alternativa encaraba obstáculos diversos y poderosos. El primero, de naturaleza política, ya fue delineado: la "santa alianza" emergente de todas las agrupaciones que, por razones distintas, querían defender la institucionalidad vigente.

El segundo, también mencionado antes, provenía de la debilidad orgánica del movimiento triunfante; macizo en apariencia, pero heterogéneo hasta la caricatura, sin equipos dirigentes y carente en absoluto de cualquier esquema o programa de conducta.

Por último está el hecho que la situación económica se deterioró abruptamente en 1953. El comercio exterior perdió entonces el impulso originado en el conflicto de Corea y sufrió las consecuencias de la segunda contracción de la economía de los Estados Unidos de posguerra. Gobierno y Congreso, como de costumbre, habían girado sin prudencia sobre las ganancias del auge anterior, de modo que la mudanza de circunstancias causó un efecto considerable, acelerándose el ya fuerte ritmo de la inflación.

Se planteó, en consecuencia, un dilema vital para el régimen cuyas dos alternativas levantaban incógnitas amenazadoras. Si rompía los moldes constitucionales para iniciar una transformación radical de las condiciones generales, encaraba el peligro de consolidar en su contra a todos los grupos políticos tradicionales, desde conservadores hasta comunistas. Si, por el contrario, perdía la primera hora de máxima popularidad y de menor vigor relativo de sus opositores, y amoldaba su gestión a los canales institucionales establecidos, se exponía

a la inevitable maduración de las debilidades orgánicas del movimiento al cual nos referimos antes.

Los dirigentes del ibañismo zigzaguearon entre esas alternativas durante algún tiempo, tratando, en cierto modo, de combinarlas. Se manejaron la presión popular y amenazas más o menos veladas de cerrar el Congreso como un medio de arrancar de la mayoría opositora concesiones políticas. Hasta cierto punto, en una primera fase, esa táctica tuvo algún éxito; y como otros gobiernos anteriormente, el de Ibáñez consiguió extraer del Congreso una ley de facultades extraordinarias, que tuvo la misma suerte de otras: un alud de decretos y disposiciones inconexas que, aparte de crear, fundar o "reestructurar" organismos, no logró alcanzar la transformación "orgánica" del aparato público.

A la postre, sin embargo, el gobierno de Ibáñez debió entenderse con el sistema político tradicional. La aceleración inflacionaria de los años 1954-55 y sus secuelas politicosociales lo llevaron a una asociación de hecho con los partidos de derecha para realizar un programa antinflacionario diseñado por la misión Klein-Sachs y con amplio respaldo oficial de los Estados Unidos. Las características y peripecias de esta experiencia han sido por demás examinadas, de manera que aquí sólo resta agregar que esa combinación política se extinguió con escaso éxito y los problemas creados por aquel programa. Al final, la administración Ibáñez quedó prácticamente sin respaldo organizado de ninguna clase y con la oposición más o menos abierta de todas las fuerzas. Sin embargo, es digno de anotarse que la figura de Ibáñez no perdió por completo su popularidad. Algunos arrestos izquierdistas de la fase postrera de su administración —como la derogación de la ley de "defensa de la democracia" y la extensión de beneficios sociales, especialmente la asignación familiar a los trabajadores del campo— ayudaron a mantener su contradictoria imagen "paternalista", conservadora en esencia, pero distante y hasta opuesta al cuadro de ideas y actitudes tradicionales de la derecha.

EL TRASFONDO SOCIAL DE LA ACELERACIÓN INFLACIONARIA Y DE LAS POLÍTICAS ORTODOJAS DE ESTABILIZACIÓN

La primera y gran irrupción de las masas "marginales" que ocurre con el ibañismo no tuvo contrapartida en ningún cambio correlativo en la estructura económica o en la tasa de crecimiento, que mengua sensiblemente a partir del primer trienio de la década del 50. De allí que la asociación de una más extensiva presión social y el empeoramiento de la coyuntura exterior en 1953 llevaron naturalmente a la aceleración del proceso inflacionario en 1954-55, para lo cual, claro está, también se sumaron los elementos políticos antes recordados.²⁴ Otra vez, entonces, reaparece y con extremada fuerza la incongruencia de los movimientos en esos dos planos esenciales.

Sin embargo, ese agudo desajuste no llegó a desbordarse, ni en "hiperinflación", como muchos auguraban, ni en un estallido social, como otros suponían. En los hechos fue paliado (transitoriamente) con uno de los más drásticos y ortodoxos programas ensayados en América Latina y cuya pieza básica fue la disminución del porcentaje de reajuste de sueldos y salarios y el control de las remuneraciones.²⁵

Esa experiencia, ampliamente discutida en los medios económicos en términos de los enfoques "estructuralistas" y "monetaristas" de la inflación, no llegó a serlo desde el ángulo sociopolítico, a pesar de su interés e importancia indudables. En este plano, como de costumbre, la dirigencia política no fue más allá de las consabidas denuncias y defensas en términos de los "clisés" conocidos.

Había razón de sobra, empero, para entrar a fondo en el asunto. Antes que nada, por la extraordinaria pasividad de los medios asalariados frente a una decisión que vulneraba

²⁴ Salvo en los años inmediatos a la gran depresión, en este período se alcanzaron los incrementos de precios más elevados de la historia chilena, más de 70 % para 1955 y más de 10 % en los meses críticos.

²⁵ El reajuste establecido sólo compensaba la mitad del alza en el costo de la vida. Sobre este y otros asuntos del período, véase *La economía de Chile en el período 1950-63*, Instituto de Economía, Universidad de Chile.

una de sus reivindicaciones más arraigadas frente al proceso inflacionario del país, como era la de los reajustes anuales según el alza de precios.

Repetimos que esta cuestión no mereció mayor atención, de modo que no están de más algunas hipótesis sobre lo que parece, a la distancia, tan difícil de entender. El asunto, por lo demás, tiene un interés más duradero, ya que en la administración posterior también se repite, aunque con menor intensidad, una compresión semejante en los aumentos nominales de remuneraciones sin que ello cause mayores tensiones sociales.

A nuestro juicio, la situación descrita (que bien podría repetirse en otras coyunturas) podría explicarse a la luz de los efectos altamente discriminatorios de toda norma general sobre sueldos y salarios, tanto si ella pretende elevar las remuneraciones como si mira a su restricción. En lo que respecta a los grupos más organizados, que se desempeñan en el llamado "sector moderno" de la economía, difícilmente son alcanzados por las disposiciones antinflacionarias. Su mayor "capacidad de negociación" les permite defenderse, al igual que ello los convertirá en los mayores beneficiados en el caso de una política de signo contrario, como parece haber ocurrido en coyunturas más "progresistas". La masa desorganizada que trabaja en las demás actividades tiene empleos precarios u ocasionales, se encuentra en una situación muy diferente, por no decir opuesta. Son los más perjudicados, en un caso; y los que menos pueden aprovechar en el otro, ya que son limitadas sus posibilidades de reaccionar en una y otra situación dada la debilidad estructural de su posición en el mercado de trabajo.²⁶

De este modo, las políticas restrictivas golpean con más fuerza a los más débiles, a los que tienen menos oportunidad para enfrentarlas, y, en cambio, afectan en menor medida (o en ninguna) a quienes se hallan en la otra situación. Ésta parece ser la causa básica de la "viabilidad política" de algu-

²⁶ Que no es igual que en el "mercado político", por lo menos en los grandes actos electorales y cuando se ha producido su incorporación política "primaria". Se vuelve sobre este vital aspecto más adelante.

nos ensayos ortodoxos en América Latina. Como se comprende, si las repercusiones fueran de opuesto carácter, esto es, si afectarían y antagonizarían de preferencia a los grupos más organizados, sería muy difícil que las medidas restrictivas prosperaran, salvo por períodos muy breves o/y con una represión política considerable. Esta realidad y los eventuales efectos sobre el dinamismo del sistema económico y el nivel de empleo parecen constituir las contradicciones más flagrantes del tipo de política comentado y que no es posible examinar con mayor detenimiento en esta ocasión.

EL REGRESO DE UNA COALICIÓN DERECHISTA

La consecuencia principal de la crisis del movimiento ibañista fue la recuperación completa de la estructura partidaria tradicional, ahora con una diferencia muy significativa: la aparición y el crecimiento vigoroso de otra organización centrista, el Partido Demócrata Cristiano. De este modo, la prevaleciente disposición "triangular" de las fuerzas —derecha, radicales, izquierda socialista-comunista— dejó paso a una "cuadrangular".

Después de la elección de 1952 y a pesar de la frustración de la "revolución pacífica" del ibañismo y su contenido antipartidario, un observador distante habría imaginado que las organizaciones en pugna encontrarían los medios para superar la fragmentación y aglutinar bloques con mayores posibilidades de acción. En realidad, no parecía haber impedimentos esenciales para diversas combinaciones del centro y la derecha, suponiendo que la izquierda descaba asentar su personalidad independiente y se encontrara separada de los otros grupos por sus definiciones frente a la política exterior.

Sin embargo, a la postre, aquella división cuadrangular se mantuvo, más por el peso de los celos partidarios y de los personalismos que por razones de profundas desavenencias en materia de perspectivas. Lo curioso es que, en cierto modo, desde el ángulo estrecho de sus consideraciones, todos salieron gananciosos.

La derecha, desde luego, consiguió imponer su candidato,

quien, aparte de esas fuerzas, atrajo a una buena fracción del electorado independiente, y sobre todo femenino, con su reputación de austeridad y competencia. No sería errado suponer que algo del mito ibañista o, mejor dicho, de lo que cierta masa esperaba de Ibáñez, se trasladó a otro perfil paternalista.

Los demócratas cristianos, con su candidato Eduardo Frei, conquistaron una indiscutible posición como movimiento político. Los radicales, aunque relegados al cuarto lugar en la elección, afirmaron la recuperación de su maquinaria partidaria y se colocaron en lugar propicio para cualquier composición futura. Por último, la izquierda, por primera vez separada de sus antiguos aliados, emergió como la segunda fuerza electoral en el "cuadrado" político.²⁷

Como en la administración anterior, el nuevo presidente inició su gestión con un gabinete que intentaba reflejar la composición de sus efectivos propios, ligado más a la "tecnocracia empresarial" que a la auténtica "derecha política", que de todos modos lo respaldaba. En el camino, sin embargo, también tuvo que volver al marco formal de las organizaciones partidarias, apoyándose en una combinación poderosa de radicales y derechistas, que se rompió al final de su período, más por cálculos políticos en relación a las conveniencias del Partido Radical frente a las elecciones presidenciales de 1964, que por conflictos serios en torno a la conducta gubernamental.

AMPLIACIÓN DE LA PLATAFORMA ECONÓMICA VÍA COMERCIO EXTERIOR

A despecho de incidentes y accidentes de variable envergadura y del acento conservador de las decisiones sobre remuneraciones —aspecto al que se aludió más arriba—, lo cierto es que la administración Alessandri navegó por aguas relativamente más tranquilas que las dos anteriores.

Una razón indudable del fenómeno estriba en la fuerza

²⁷ Los resultados de la elección de 1958 fueron los siguientes: Alessandri, 387.297 votos; Allende, 352.915; Frei, 252.168; Bossay, 190.832; Zamorano (independiente), 41.268.

específica de la coalición gubernamental. Sin embargo, hay otros hechos quizás más significativos para el análisis de la cuestión. Uno y principal es que alrededor de 1959 se abre un período de continua y creciente dilatación del sector exterior, que no se ha interrumpido hasta la época de escribir estas líneas (comienzos de 1970). En otras palabras, el que había sido tradicionalmente el punto más vulnerable y "explosivo" de la estructura económica chilena pasó a ser su pivote más sólido.²⁸ Dos factores bien conocidos permitieron una expansión de las transacciones exteriores: la bonanza en el mercado del cobre y el endeudamiento. El primero fue relativamente más importante en la segunda mitad de la década del 60; el otro, en la primera mitad.

La conjunción de ambos elementos permitió extraer a la economía chilena del marasmo que había seguido a la aceleración inflacionaria y al ensayo de estabilización de 1956-57. El aumento del gasto público y el programa de vivienda fueron las vías principales por las cuales se transmitió a la economía interna la dinamización del comercio exterior. De allí que en el período 1959-62 se registrara una sensible elevación de la tasa de crecimiento y una apreciable estabilidad de los precios, con las proyecciones sociopolíticas que es fácil imaginar.

Esta evolución, sin embargo, se interrumpió drásticamente hacia fines de 1962. La demanda por importaciones, acrecentada por las disposiciones en favor de la "liberalización" del comercio exterior, venía sobrepasando desde meses atrás la acrecentada capacidad de pagos, llevando a una sustancial devaluación y a los consabidos efectos derivados: aceleración del alza de precios, disminución del paso de la actividad productiva, desfinanciamiento fiscal, intranquilidad social y, por último, erosión política del gobierno. En suma, se abría otro de los ciclos periódicos por demás identificados en la experiencia chilena.²⁹

²⁸ Bastan unas cifras para ilustrar este aspecto. Hacia la mitad de la década del 50, las importaciones fluctuaban alrededor de 350 millones de dólares. En el bienio final de la del 60 bordearon los 900 millones de dólares.

²⁹ Para un examen más amplio de esta fase véase otra vez el trabajo ya citado del Instituto de Economía de la Universidad de Chile.

De todos modos y aparte el hecho fundamental que, a la inversa de otras coyunturas similares, no hubo interrupción de la bonanza del comercio de exportación, lo cierto es que la crisis vino a tomar cuerpo cuando la atención de los grupos políticos estaba ya volcada hacia las "próximas" elecciones de 1964. Tampoco fue, sin duda, la primera vez que la perspectiva de un cambio de administración sirvió de balón de oxígeno a un gobierno en el ocaso y en dificultades.

Hay otro aspecto económico a considerar que, igual que el anterior, va a presidir la evolución de la década del 60. Nos referimos a la creciente importancia que adquieren las actividades vinculadas a la producción de los bienes de consumo duradero "pesados" o más costosos, por ejemplo, automotores, televisores, etcétera. No es ésta la oportunidad para examinar las múltiples repercusiones de ese fenómeno, que se repiten, por lo demás, alrededor del mismo período en muchos países latinoamericanos.⁸⁰ Para los fines de estas notas basta destacar los siguientes elementos:

- a) la relativa activación industrial y de otros sectores que ello implica;
- b) la influencia "conservadora" del acceso efectivo o esperado a tales bienes y que afecta en especial a los grupos medios y a los asalariados de mayor ingreso;
- c) la creciente "extranjerización" de las actividades más dinámicas que ello acarrea y que traslada y extiende el problema de la propiedad y el control foráneos de su centro tradicional (el sector exterior) a las empresas que trabajan para el mercado interno.

EL ESQUEMA POLITICOSOCIAL DEL GOBIERNO DE FREI

Es evidente que se carece de perspectiva para examinar adecuadamente la primera experiencia democristiana en la región.

⁸⁰ Sobre la materia, véase A. Pinto, "Diagnóstico, estructura y esquema de desarrollo en América Latina", FLACSO, 1969, trabajo que se reproduce en este volumen.

Sin embargo, es posible repasar los principales aspectos de su ascenso al poder y de algunas contradicciones que ayudan a explicar su desgaste hacia fines de la década.

En relación a otras contiendas político-presidenciales, la de 1964 presentó algunas diferencias sustanciales que conviene puntualizar, tanto más cuanto la apasionada y miope discusión cotidiana le ha prestado muy escasa atención.

El primer hecho que resalta es la *polarización* de fuerzas políticas. Fracasada la coalición derechista-radical y reducida la candidatura del radicalismo a un solitario "saludo a la bandera" con el objeto de mantener la precaria unidad del partido, se perfilan sólo dos grandes contendores: el demócrata cristiano (Eduardo Frei), apoyado desde los bastidores por la derecha; y el izquierdista (Salvador Allende), que representa sólo o básicamente a los partidos Socialista y Comunista.

Tras esa polarización inusitada no hay duda que yace una razón primordial, más fuerte, por cierto, que todos los incidentes aislados que contribuyeron a ese fin; ella es el temor de que, por primera vez en la historia latinoamericana, un candidato apoyado por los partidos marxistas pudiera llegar al gobierno por la vía electoral. Por otro lado, la cuestión planteada se daba en el momento que el "problema de Cuba" había pasado a ser crucial en la política regional.

De este modo, pues, la eventual victoria de Allende representaba muchísimo más de lo que habría significado en cualquier otra coyuntura.

Esto explica que la campaña electoral de 1964 se desarrollara por las fuerzas conservadoras como una confrontación entre el "comunismo y la democracia", y que este elemento fuera, sin duda, decisivo para su resultado.

No obstante lo dicho, es importante poner de relieve que bajo ese palio propagandístico (en gran parte establecido por intereses y recursos extranjeros), la disputa entre las combinaciones se dio en términos de dos plataformas que, para calificarlas de alguna manera, podrían denominarse como de "reformismo avanzado". La única separación esencial seguramente residió en materias de política exterior (esto es, posiciones frente a Estados Unidos y Cuba) y en la referida a la política

del cobre (nacionalización, para unos; "chilenización", para otros).

De este modo, la polarización implicó también una *radicalización* o, si se quiere, un definido desplazamiento hacia la izquierda del conjunto político.

Tras esta realidad, también original para el medio chileno y latinoamericano, se perfilaba el hecho, de gran significación potencial, que las dirigencias políticas (o gran parte de ellas) parecían convencidas de que una mayoría sustancial del electorado era partidaria de una política de cambios resueltos y profundos del cuadro general del país. Esta otra dimensión de la polarización a nivel electoral, sin embargo, como se verá, no llegó a traducirse o fructificar en la realidad política después de la elección de 1964.

Este aspecto capital de la doble polarización se asocia con otro de no menor relieve, cual es la impresionante *ampliación* del contingente electoral. Del millón doscientos mil votos emitidos en 1958, se pasó a un total de cerca de dos millones y medio en 1964, gracias a los diversos expedientes legales encaminados a obligar al sufragio. Para dar una idea concreta del cambio basta tener en cuenta que la izquierda (Allende), que había logrado alrededor de trescientos cincuenta y tres mil votos en 1958, consiguió llegar casi al millón en 1964. Poca duda cabe que se trata de una de las más altas votaciones conseguidas por una coalición marxista en cualquier parte del mundo (y la más alta, evidentemente, en relación a la población).

El otro elemento que llama al examen es el vinculado con la *composición* social de la candidatura triunfante. Desde este ángulo es importante recordar que, a despecho de su estratégico apoyo en la hora de la elección, la derecha no llegó a asociarse con el régimen triunfante, como muchos izquierdistas vaticinaban. Por el contrario, y en especial a raíz del desarrollo de la reforma agraria, la derecha fue encarnizando su oposición al nuevo gobierno.

La victoria de Frei, en verdad, se asentó sobre dos pilares bien conocidos: el Partido Demócrata Cristiano que, como se anotó antes, había estado creciendo con rapidez en los años anteriores; y la masa independiente o, como se decía, "marginada",

que representó el aporte fundamental en la definición electoral. Después del "primer ensayo" ibañista de incorporación masiva de las "periferias" urbanas y el medio rural, en 1952, viene la segunda y mucho más grande ola de 1964, con una diferencia cualitativa de gran importancia; esta vez la masa independiente va de la mano con uno de los principales partidos y de los más "ideológicos", por añadidura. Por otro lado, y en parte por lo anterior, su irrupción no afecta al sistema de partidos sino que, en cierta medida, lo fortalece.

Desde el punto de mira que se ha utilizado en este trabajo, fácil es convenir en que los aspectos o cambios destacados implicaron en último término una sustancial *masificación* de las presiones sociales, modificando casi cualitativamente la relación entre ellas y los términos del desarrollo productivo. Y decimos *casi* cualitativamente porque esa transformación no fue mucho más allá de la presencia electoral y, por lo tanto, esporádica, de la gran masa. Es cierto, y sobre esto se volverá más adelante, que en lo que respecta a la organización del campesinado y, en menor medida, de los llamados organismos comunitarios en las urbes (juntas de vecinos, centros de madres, etc.), los cambios fueron más profundos. No obstante, insistimos, no alcanzaron a derivar en otra *estructura de participación y representación* que rivalizara y se completara con las agencias tradicionales: partidos, asociaciones gremiales, sindicales, núcleos empresariales. En el acontecer cotidiano, estas estructuras de poder continuaron pesando mucho más que la masa multitudinaria.

Como se comprende, esa disociación tendrá mayor o menor significación según sea la representatividad efectiva de las organizaciones "tradicionales". Aunque en el caso chileno (por ejemplo, en relación a los partidos o la agrupación sindical) ella parece alta por la medida latinoamericana; parece claro también que está distante de incorporar o reflejar con fidelidad las aspiraciones e intereses de la gran masa, en especial la no vinculada a las actividades del "sector moderno".

EL REZAGO DE LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA

Cualquiera que sea la apreciación sobre los alcances de ese fenómeno de "masificación", es indudable que no estuvo acompañado por una dilatación proporcional del sistema productivo. En la práctica, con la nueva administración volvió a registrarse la intrigante y todavía no suficientemente explicada conducta pendular de la economía chilena. Después de una fase de activación del crecimiento económico (1965-66), disminuyen las tasas de expansión. Igual ocurre con la inflación, pero a contramano: alfoja el paso en el bienio inicial y tiende a acelerarse hacia el final del gobierno.

En este ciclo, lo mismo que en la administración anterior, no puede atribuirse al sector exterior la responsabilidad de esas fluctuaciones y comportamiento. Tanto las importaciones como las exportaciones se dilatan con rapidez y persistencia a caballo de la excepcional bonanza del cobre y de la prosecución (aunque con menor acento) del endeudamiento externo. Precisamente, es este curso del comercio exterior, en esencia ajeno a cualquier voluntad o decisión nacionales⁸¹, el que permite contrapesar precariamente la presión social, sobre todo a través del mayor gasto público.

La aceleración inflacionaria de 1969-70 es una clara indicación del agravamiento de ese desequilibrio básico general.

Éstas son las circunstancias primordiales que caracterizan la situación hacia el fin de la administración Frei.

Como se ve, se mantiene el viejo problema, pero los términos en que ahora se plantea parecen haberse modificado considerablemente con la "masificación" del proceso social y la reiterada dificultad para asentar un crecimiento más activo, aliviada parcialmente por el refuerzo de ese sector exógeno que es el auge del cobre. Es innecesario subrayar cuán precario es este balance.

⁸¹ Nótese que los propios planes de expansión en el cobre no tuvieron mayor efecto sobre la producción física antes de 1970.

LA "EROSIÓN DEMOCRISTIANA": ALGUNAS HIPÓTESIS

Al margen de cualquier evaluación del gobierno Frei, no cabe poner en duda dos hechos primordiales. El primero, ya señalado más arriba, es que no consiguió romper el patrón tradicional del comportamiento económico. El segundo es la indudable "erosión" política del régimen y del partido del gobierno en los últimos años.

Soslayando un examen particular de cada uno de estos aspectos, bien pueden intentarse algunas hipótesis que los abarquen conjuntamente.

En primer lugar, nos gustaría debatir una tesis muy extendida en medios de izquierda, relacionada con una cuestión mucho más general: la alternativa latinoamericana entre reformismo y revolución. Según ese criterio, habría sido el reformismo de la llamada "revolución en libertad" la causa de su desgaste o frustración.

No vamos a repetir aquí el análisis realizado en otro trabajo y a propósito de la experiencia brasileña.⁸² Aunque sería pertinente volver una vez más sobre los antecedentes teórico-históricos de la materia, a menudo pasados por alto en la confrontación dogmática o emocional, preferimos ir derecho al grano y sólo hacer referencia a ese examen anterior.

En síntesis: sería justificada esa tesis si la democracia cristiana se hubiera propuesto objetivos que *solamente* podían alcanzarse por medios revolucionarios, por una transformación radical del *statu quo*, en el sentido ortodoxo de estos términos.

Pero no parece haber sido ése el caso chileno, sino otro bastante diferente, en el que las metas establecidas eran susceptibles de lograrse dentro del contexto institucional chileno (y pueden agregarse todas las excepciones y adjetivos peyorativos a ese contexto sin que ello desmienta el aserto planteado).

En la práctica se alcanzaron casi todos los propósitos básicos

⁸² Véase [Espartaco], "Alternativa política en el desarrollo latinoamericano", en *El Trimestre Económico*, Nº 124, octubre-diciembre de 1964.

que estableció el régimen en su programa, y no se encuentra un capítulo principal de los mismos que pudiera decirse no se cumplió por falta de una "conmoción revolucionaria".

Otra cosa muy distinta y efectiva es sostener que muchos objetivos no se materializaron en la forma y con la celeridad que era deseable, y que algunos, como las reformas constitucionales y el control de la inflación, quedaron, en lo principal, como proyectos, pero ello, insistimos, no podría atribuirse a que hubieran faltado "condiciones revolucionarias". Hay explicaciones más simples y ciertas de lo ocurrido.

Una primera y patente es que si bien la administración Frei tenía más ideas y mostró mayor dinamismo y eficacia que muchos (por no decir la mayoría) de los gobiernos del pasado, no es menos cierto que sus ideas dejaron grandes blancos; por lo general no estaban bien definidas y se tenía muy poca noción acerca de cómo implementarlas.

Respecto a lo primero, basta señalar que no se llegó a definir una política global de producción, sobre todo en el decisivo campo industrial, a despecho de las favorables condiciones exteriores y del establecimiento de un aparato de planificación con mucho más poder aparente que en el pasado. Prueba por demás suficiente de lo dicho es la mediocre evolución del producto interno y del fabril en particular. Por aquí flaqueó la que debería haber sido base principal (junto con la bonanza exterior) de los proyectos sociales y las intenciones distributivas.

En cuanto a lo segundo (la precaria definición de los propósitos), puede tomarse como ejemplo lo sucedido con una de las realizaciones de mayor trascendencia del gobierno: la reforma agraria. En el curso de la gestación legal se transformó esencialmente la naturaleza del proyecto que había sido delineado tiempo atrás, y cuyos trazos básicos pueden encontrarse en el libro-programa de Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*. De un esquema de reforma agraria "clásica", a la europea, como el que ahí se proponía, se pasó a otro, más "social" y más radical, sin duda, pero que dejaba en pie incógnitas fundamentales, como las nuevas formas de propiedad-gestión (por ejemplo, asentamientos versus propiedades o dominio indivi-

dual), para no citar sino un aspecto principal entre muchos otros todavía no esclarecidos.

Por último, en cuanto a la implementación y sin olvidar los considerables adelantos en la administración financiero-cambiaria, bastaría con mencionar las idas y vueltas en la política de construcción y en el diseño y manejo de la acción antinflacionaria.

Estos y otros aspectos similares constituyen parte de la explicación buscada, pero no cierran la historia, tanto más que en todos esos planes la administración democristiana no tendría por qué avergonzarse en comparación con otras que la precedieron o con lo que habrían podido ofrecer otras combinaciones políticas.

Dentro de este mismo ángulo cabría abundar sobre otro aspecto que nos parece de mucho mayor envergadura.

En efecto, por lo general en estas discusiones se tiene en mente una realidad: la de un gobierno "progresista", "populista", "democrático de avanzada", o como quiera llamárselo, que en el proceso de cumplir un programa de reformismo más o menos jacobino, se encuentra con la muralla impenetrable de la reacción interna y sus aliados externos, que desbarata sus buenas intenciones. Ergo, no hay vía pacífica; hay que acudir a las armas.³³

No debatiremos las conclusiones, pero sí las premisas en cuanto ellas se refieren a la experiencia concreta de Chile que estamos analizando, esto es, lo que se dirá vale para ella y no para cualquier otra coyuntura o situación.

Ahorrrando digresiones: siempre nos ha parecido que en esta cuestión se ha pasado por alto un "pequeño detalle": la polarización y radicalización de las fuerzas y, más aún, de la "ideología" política alrededor de 1964, cuestión que ya se destacó antes. En otras palabras, por lo menos tres cuartas partes de la masa electoral se pronunció por una transformación profunda de la realidad nacional, la que ofrecían, con distintos matices y orientaciones, las dos agrupaciones básicas, cuyos programas, como bien se sabe, no diferían sustancial-

³³ Véase *Alternativa política en el desarrollo latinoamericano*, ob. cit.

mente, salvo en puntos de política exterior a los que aludiremos más adelante. Nótese bien la diferencia entre esta situación coyuntural y estructural (las armazones partidarias) y la visible en episodios de impotencia y crisis populistas, como el de Goulart en el Brasil.

Ahora bien, ¿por qué no se produjo algún tipo de acuerdo entre los bloques para llevar adelante, durante un plazo bien determinado (el de la nueva administración), todo lo que fuera posible de esas intenciones?

Es obvio que la explicación no reside en las consabidas "maniobras de la reacción y del imperialismo". Ni tampoco en la presunción piadosa de algunos: que ella estaría en la naturaleza reformista de una candidatura y la estirpe revolucionaria de la otra. La verdad de las verdades es que *ambas* eran reformistas, y no puede olvidarse que sólo en tiempo muy próximo, y en fracciones minoritarias de la izquierda, se ha venido a postular abiertamente al socialismo como alternativa del régimen actual. Y pasado el tiempo, hasta resulta difícil sostener que había diferencias "antagónicas" entre las concepciones sobre relaciones internacionales. En general, la política exterior del gobierno de Frei ha sido uno de los aspectos menos criticados por la oposición izquierdista. Y en lo que atañe al encendido debate sobre la política del cobre, a la postre todo parece llevar hacia la virtual o completa nacionalización de los establecimientos, lo cual, dicho sea de paso, obligará a una "heroica" renovación de consignas en la izquierda, que harta falta le hace.

A nuestro juicio, y sin pretender identificar la única o siquiera la decisiva causa del fenómeno, no es posible entender la cuestión anterior sin recordar y escrutar el comportamiento de la izquierda después de la elección de 1964.

Para este efecto y luego de revisar papeles de ese tiempo, nos atrevemos a reproducir parte de unas notas que publicamos en el diario *Última Hora* a comienzos de 1965. Bajo el subtítulo "Las alternativas de la izquierda", se exponía lo siguiente:

Para el "examen de las alternativas que se abren ante la izquierda en el nuevo cuadro político... puede aceptarse como

premisa fundamental que ella debe mantener y asentar aún más su 'personalidad diferente', que nace de otra visión de la sociedad y de su compromiso exclusivo con la masa trabajadora, esto es, con el mundo 'no propietario' de los medios de producción.

"En primera aproximación y a guisa de ordenamiento metodológico podría decirse que tendrá que escoger entre tres tipos principales de oposición.

"Uno, el más simple y enfático, es el de la 'oposición absoluta' o revolucionaria. Sin asomarse al tonel sin fondo de la discusión teórica sobre el asunto, parece obvio que el 'horno no está para bollos', al menos en el próximo futuro. Por un lado, no se requeriría demasiado optimismo para suponer un respaldo más o menos significativo de las masas. Y en este respecto, aunque tenemos prejuicio contra las analogías, es ilustrativa la experiencia de la extrema izquierda venezolana. Por el otro, esa postura, si es consecuente, implica de hecho dar la espalda al proceso político real, prosaico y cotidiano, para colocar los ojos en alguna coyuntura 'cataclísmica', cuyo desenlace, por lo demás, nadie puede garantizar.

"Otro tipo de oposición es el que puede denominarse 'convencional', que se expresa en la guerrilla parlamentaria y sindical, en torno a las viejas cuestiones tradicionales (reajustes, etc.) y que lleva a las más extrañas alianzas y enjuagues, que son seguidos con indiferencia cuando no con disgusto por gran parte de la masa. En este aspecto sería útil considerar que tanto o más extraño que algún acuerdo con un gobierno reformista sería para esa opinión ver a la izquierda en repetidas 'acciones conjuntas' con la extrema derecha o los radicales.

"La tercera modalidad eventual podría llamarse de 'oposición impulsadora', en la cual, manteniéndose la 'personalidad independiente' sin renuncios, se 'cobrar la palabra' de los triunfadores y se luchara por opciones o fórmulas más jacobinas, de manera concreta y en relación estrecha con las bases populares.

"Podrá preguntarse por qué no se considera otra posibilidad, aunque hipotética: la de una colaboración con el nuevo régi-

men. En verdad, aparte de cualquier análisis, esta alternativa 'no está en las cartas'. Una principal es que para que ella tuviera alguna viabilidad tendrían que madurar y decantarse las 'contradicciones internas' del freismo, en el sentido de un robustecimiento de sus elementos más avanzados. Lo que no puede olvidarse es que ese proceso y su dirección dependerán no sólo del contenido de las fuerzas victoriosas sino también de lo que haga la oposición de izquierda. Las dos primeras alternativas seguramente impulsarían en el sentido de la 'derechización' de esas fuerzas. La tercera podría —y nada más que podría— influir en una 'izquierdización' de las mismas, por lo menos en el sentido de aproximar sus alas más progresistas y el FRAP."

Huelga hacer presente cuál fue la modalidad de oposición que escogió la izquierda. Cabría sí agregar que el tenaz hostigamiento convencional contribuyó, sin duda, a la relativa "conservatización" del régimen, y a la pérdida de una oportunidad excepcional para un grande y creativo viraje en los términos del desarrollo global chileno. Por otro lado, téngase presente que si ella implicó finalmente el desgajamiento del ala más jacobina de la democracia cristiana y su incorporación a la izquierda, no es menos cierto que no "quebró" la máquina del partido gobernante. Esto, unido a la recuperación de la derecha, devolvió de nuevo al país a un esquema triangular de fuerzas, punto al que nos referiremos después.

No es fácil desentrañar en pocas líneas las razones de esa conducta de la izquierda con posterioridad a 1964. Descontado el efecto traumatizante de la derrota electoral y de las facetas más deleznales de la campaña anticomunista, lo cierto y evidente es que casi un millón de votos y el 40 % del electorado representaban un éxito nunca visto para una coalición socialista-comunista en cualquier parte del mundo. Significaban, además, una posición meridiana de poder y de influencia efectiva y potencial.

Sin embargo, esa situación privilegiada fue lanzada por la borda. El desencanto fue más poderoso que las posibilidades que se abrían para diseñar una táctica y una estrategia de oposición y de alternativa a corto y a mediano plazo. En el fondo, pro-

bablemente fue la instancia más conspicua de "electoralismo". Como si todo el inmenso esfuerzo y la ardua campaña sólo hubieran tenido como destino la suerte electoral en vez de ser ésta un episodio o eslabón en la construcción de otro esquema de poder. En la práctica, al abrirse otro proceso de elecciones en 1970, la izquierda tuvo que partir otra vez "desde el comienzo" en materia de ideas, perspectivas, tácticas, candidatos, etcétera. Pero éste es un tema que desborda nuestro propósito y no pretendemos desarrollarlo ahora.

Volvamos entonces al punto de partida en esta cuestión. Después de lo anotado sólo cabe reiterar que difícilmente puede atribuirse al "reformismo" o a la "renuncia a la revolución" el hecho que el proyecto democristiano no se consumara plenamente o no diera de sí todo lo que era históricamente posible. En último término, bien podría sostenerse que la culpa no fue del "reformismo" en abstracto (ya que los objetivos eran compatibles con el *statu quo*), pero sí de los reformistas, que no fueron capaces de aprovechar todas las circunstancias propicias para materializar sus propósitos, responsabilidad que también recae, evidentemente, sobre las espaldas de la izquierda por las razones antedichas.

Entiéndase bien que lo sostenido no implica que creamos que un esquema reformista, aun avanzado, habría podido o podría resolver los problemas actuales del desarrollo chileno o que, a la inversa, se esté de acuerdo con quienes piensan que sólo una ruptura revolucionaria y una alternativa genéricamente socialista podría hacerlo. Esto es harina de otro costal y escapa al tema de este trabajo.³⁴

LA "GRAN CONTRADICCIÓN" DEL ESQUEMA

Cualquiera que sea la opinión sobre lo planteado antes, lo cierto es que esos enfoques, a nuestro juicio, sólo explican una parte, y quizás no la principal, de lo que denominamos

³⁴ Algunas ideas preliminares al respecto pueden verse en [Espartaco], "Esbozo de una alternativa económica socialista para América Latina", en *El Trimestre Económico*, Nº 122, abril-junio de 1964.

"erosión democristiana". Para completarlos es necesario ir más allá de las categorías políticas y examinar ciertas realidades sociales y económicas.

Con esa mira, se debería partir del análisis hecho anteriormente sobre la composición social de las fuerzas que llevaron al presidente Frei al poder, o sea, al partido y la masa "independiente", con el contingente femenino a la cabeza.

Tomando un atajo para abordar el problema de fondo podría sentarse la tesis, casi irrefutable, que el predominio democristiano se habría mantenido incólume y aún robustecido de haber conseguido transformar aquel "matrimonio de ocasión electoral" en una asociación orgánica y estable.

Esta verdad meridiana fue comprendida por el régimen en sus primeras andanzas y son pruebas de ello las iniciativas en torno a la "promoción popular" y a las organizaciones comunitarias. Sin embargo, no es menos cierto que, con el paso del tiempo, el objetivo perdió jerarquía y los progresos resultaron limitados, por lo menos en relación a la cuestión planteada. Ya en 1970 es difícil apreciar con alguna certeza hasta qué punto se mantiene la influencia democristiana en esas capas y esferas o, desde otro ángulo, en qué medida ellas han vuelto a ser una "masa en disponibilidad" para distintos proyectos político-electorales. Sin embargo, lo cierto e indiscutible es que no se materializó aquella fusión, más o menos completa o progresiva, de las dos partes del "movimiento freista" de 1964.

La anterior, repetimos, nos parece la causa primordial del fenómeno examinado. Sin embargo, queda por delante lo más difícil, esto es, intentar conocer por qué ocurrió tal cosa.

Como se comprende, no hay respuesta única para la interrogación y otra vez sólo cabe proponer alguna hipótesis central al respecto. Para nosotros, ella podría sentarse en las términos siguientes:

Dado el nivel y parquedad del desarrollo chileno, no es posible, *al mismo tiempo y en un período relativamente corto*, resolver los problemas básicos de la masa preterida y permitir (o promover) la asignación de los recursos disponibles con-

forme al patrón de gastos y aspiraciones de los grupos altos y medios.

En otras palabras, el intento de reproducir los módulos de consumo característicos de las sociedades "opulentas", aparte de sus limitaciones intrínsecas, parece incompatible con todo propósito de modificar las condicionantes básicas de la "pobreza estructural" de las mayorías urbanas y rurales.

La experiencia ha demostrado que regímenes "populistas" o "progresistas" con alguna holgura financiera pueden extender beneficios sociales a la población "marginada" o a parte de ella (vivienda, educación, asistencia médica, etc.). Sin embargo, también ella demuestra (y esto vale para casi todos los países latinoamericanos) que esos esfuerzos no logran alterar sensiblemente las situaciones relativas al empleo regular, a los flagrantes desniveles de productividad, al acceso efectivo a las oportunidades de movilidad y ascenso, etcétera.

Por otro lado, también es patente que un esquema o política de desarrollo asentado en el tipo de asignación de recursos y de distribución social a que se ha hecho referencia, no es (o ha sido) válido para asentar y dinamizar el crecimiento económico, a pesar del gran sostén del comercio exterior y de un nivel extraordinario de gastos e inversiones públicas.

LA GRAN CONTRADICCIÓN Y ALGUNAS ALTERNATIVAS

La conciencia o reconocimiento de estas contradicciones básicas tiene mayor significación que la que puede dársele a primera vista. No faltan en América Latina izquierdistas esparzados que imaginan que un vuelco político a su favor podría hacer el milagro de difundir hacia la mayoría los bienes propios de las economías "opulentas", que hoy son privilegio de restringidas minorías. Basta tener a la vista las cifras sobre distribución y niveles de ingreso en la región para verificar el error de ese criterio. En Chile, por ejemplo, en precios y términos de 1969, se encuentra que poco más del 50 % de la población *activa* tenía un ingreso promedio de unos 400

escudos mensuales, o sea alrededor de 35 dólares al tipo de cambio del período. Como se comprende, a esos niveles de renta, lo que reclama y necesita esa población —aparte del apoyo fundamental del empleo— es satisfacer sus demandas esenciales de “pan, techo y abrigo”, lo que supone y requiere una formidable concentración y reasignación de recursos hacia esos fines y “en detrimento de otros tipos de consumos individuales y colectivos propios de los otros grupos sociales.

Naturalmente, no se trata de una opción o alternativa absoluta, pero sí de una modificación sustancial del actual esquema de reparto de factores productivos, medios financieros y también de los ingresos.³⁵ Sólo así, evidentemente, se conseguirá incorporar de manera efectiva al proceso económico, social y político a la “mayoría sumergida” de Chile y América Latina. Es lo que no consiguió la experiencia democristiana, a pesar de los avances indudables en materia de reforma agraria, organización comunitaria e inversiones sociales. Y ahí reside la causa principal de su erosión política.

Parece claro que los cambios de los últimos años en el grado de “masificación” han acentuado el desequilibrio “tradicional” entre las condiciones sociales y los datos del desarrollo económico (ritmo y modo de crecimiento y distribución). Sin caer en profecías aventuradas sobre la capacidad o incapacidad del sistema global para “absorber”, relajar o postergar una crisis de esa contradicción, se pueden sí delinear las alternativas sobresalientes que plantea una situación de ese tipo y que con diversa intensidad y cariz vienen barajándose desde antiguo. La primera y más regresiva implicaría la contención más o menos violenta de las presiones sociales con el objeto de “equilibrarlas” con la base material. La segunda se identifica con las diferentes modalidades de “populismo”, que implican en este contexto la “manipulación” de problemas, en el sentido de no abordar o resolver la contradicción expuesta y, en cambio, recurrir a diversos expedientes para aminorar las tensiones en el cuadro con una especie de “rotativa” de concesiones, que en la práctica tienen patente traducción infla-

³⁵ Sobre el asunto véase otra vez, para un desarrollo amplio del problema, *Diagnóstico, estructura...*, *ob. cit.*

cionaria. La tercera supondría esencialmente una selección de las aspiraciones y los grupos favorecidos (que pueden ser la mayoría postergada u otros) y una reorientación definida de los recursos económicos en función de esas preferencias y de la necesidad general de dinamizar el sistema y ampliar la base productiva. Sería ocioso especular sobre las posibilidades de que se adopte alguna de esas alternativas (u otras, o diferentes combinaciones de ellas). Lo que sí puede plantearse es que, al nivel político, el decenio del 70 se ha abierto con una reedición del “esquema triangular” de fuerzas que presenta limitaciones obvias para cualquier definición clara en cualquier dirección. Lo componen una izquierda fortalecida, pero evidentemente ambigua en cuanto a sus tácticas y estrategias a corto y a mediano plazo, que fluctúan entre un “reformismo avanzado” y una proclamación revolucionaria que se inspira verbalmente en la experiencia cubana; una democracia cristiana, mutuada de su flanco más jacobino, pero igualmente oscilante entre el radicalismo oral y la sustancia reformista; y una derecha disminuida partidariamente, pero con reservas abiertas o potenciales en las capas que acceden a los “nuevos consumos” y en algunos núcleos de la masa despolitizada. A este esquema, de muy dudosa eficacia social, habrá que sumar, sin duda, una pieza más: las fuerzas armadas, que ya hicieron su primer ensayo de participación en 1969, y que podrían reeditararlo y ampliarlo si, como en otras partes, el “establishment” civil no es capaz de generar una situación clara de poder y de acción.

A manera de posdata:

REPASO DE EXPERIENCIAS HISTÓRICAS Y DATOS ESTRUCTURALES

*El trabajo anterior fue escrito con bastante anterioridad a la elección presidencial chilena de setiembre de 1970. Parecería que no cabe intentar a tan breve plazo un examen de sus proyecciones a la luz de las discusiones que anteceden. Sin embargo, nos ha parecido útil agregar parte de un comentario sobre la materia escrito por nosotros.**

SIGNIFICADO DEL TRIUNFO DE LA UNIDAD POPULAR

¿Cuál es el sentido básico de la victoria electoral de la Unidad Popular? En esta materia podría plantearse la siguiente hipótesis: que *ella representa por encima de todo el ascenso a una posición de poder de los trabajadores organizados y con mayor conciencia política e ideológica*. Brevemente: los que fueron "carne de cañón" en 1920, "segundo violín" en 1938 y competidores por una hegemonía en 1964, han llegado finalmente a colocarse como fuerza principal en la constelación política.

Se trata, sin duda, de un vuelco trascendental, por sí mismo y por sus implicaciones reales o supuestas. Estas implicaciones, por otra parte, son las que dan una importancia que ha sido reconocida nacional e internacionalmente a lo que, en otras circunstancias, podría ser un simple episodio de cambio en la correlación de fuerzas.

Sin embargo, antes de entrar al examen de ese aspecto, es útil hilvanar algunas observaciones complementarias.

* Véase *Panorama Económico*, Nº 257, setiembre de 1970, Sgo. de Chile.

Una de ellas, la más visible y ya adelantada, es que la transformación del balance de poder visible o electoral no sólo es marginal desde el ángulo cuantitativo, sino que tiene lugar en una nueva versión del arreglo triangular de los sectores políticos.

La segunda, tanto o más importante y que se deriva de la anterior, es que el ascenso a una posición-eje del universo obrero organizado y politizado no involucra automática o necesariamente la incorporación y participación correspondiente de otra gran masa, socialmente mayoritaria y electoralmente decisiva, que todavía permanece fuera o está sólo en la periferia del sistema de poder. Ella representa aproximadamente entre el 30 y el 40 % del contingente ciudadano, y posiblemente una cuota mayor de la población total; son los "sumergidos" o "marginados"; los chilenos que están todavía muy lejos de satisfacer sus necesidades mínimas de "pan, techo y abrigo", para quienes un sueldo vital es una meta lejana; los desempleados y los de ocupación parcial y precaria; los que no tienen sindicatos que los defiendan y, más aún, que carecen hasta de condiciones objetivas para organizarse.

En el hecho, las cifras electorales sugieren que sólo una pequeña parte de esa masa votó por la izquierda, y que en su mayoría, y por distintas razones, lo hizo por alguna de las otras dos candidaturas.

A la postre, pues, la cuestión decisiva que se abre hacia el futuro reside en si será la izquierda —ya en una situación de poder— u otro grupo el que cumplirá la nueva, indispensable y, en gran medida, inevitable tarea histórica que se perfila hacia el futuro, esto es, la incorporación *real*, y no solamente electoral, de esa masa a la sociedad.

EL FUTURO: ANALOGÍAS Y DATOS ESTRUCTURALES

Intentaremos ahora examinar sumariamente las proyecciones o consecuencias ulteriores teniendo a la vista algunos datos estructurales del problema.

Para enhebrar el análisis es necesario referirse concretamente

a algunos puntos del debate en curso. Como se sabe, ciertos núcleos estiman que la victoria de un candidato socialista involucra una reproducción a corto o mediano plazo del cuadro general que ha emergido en los distintos países donde han tomado el poder agrupaciones que se guían por el marxismo (o por lo que se considera como tal). Otros, por el contrario, sostienen que no hay razón para tal supuesto y que los cambios que se postulan no están reñidos *per se* con un sistema político "abierto".

Habría que apuntar de partida que la polémica sobre estas cuestiones es legítima y necesaria, aunque no lo sean, claro está, las exageraciones y deformaciones que la acompañan.

La manera corriente de abordar el tema es por medio de la analogía —método que, como alguien dijo, es el gran enemigo de las ciencias sociales. Sin embargo, aparte de su papel relativo, no puede desconocerse que resulta muy directo y atrayente. Desde este ángulo todo es bien simple: lo que ocurrió en otras partes tenderá que suceder o repetirse aquí.

Huelga subrayar la falacia histórica del argumento, que equivaldría, por ejemplo, a sostener que si la destrucción del "viejo orden" en Francia exigió una revolución sangrienta, lo propio debería haber ocurrido en cada repetición del fenómeno. Como se sabe, las cosas no ocurrieron así. En este sentido, dicho sea de paso, los conservadores recalitrantes andan tan descaminados como los revolucionarios ortodoxos, que también trabajan sobre la base de analogías, aunque sea por demás obvio en la historia que las grandes revoluciones son más bien la excepción que la regla.

En la realidad, las formas del cambio estarán establecidas tanto por las circunstancias particulares y específicas del lugar y tiempo como por las generales y externas. Volviendo al ejemplo anterior y extendiéndolo decimos: que habitualmente las grandes revoluciones en un país han tenido algunos efectos paradójicos, como el de hacer innecesaria en otras partes la repetición de sus facetas más duras.

Aunque sean obvias las limitaciones del raciocinio por analogía, ello no involucra que el método sea totalmente inválido,

especialmente si se tienen en consideración aspectos propios de cada caso.

En este aspecto sería errado subestimar lo que antes se adelantó en relación a los modos o formas en que han ocurrido los principales cortes políticosociales de los últimos decenios en Chile. En cada uno de ellos, el balance electoral sólo arrojó ventajas marginales para los promotores del cambio; sin embargo, a la postre, tras tensiones, incidentes y hasta pánicos,—que muchos por falta de edad o memoria ya no recuerdan—la transformación buscada se abrió paso, si no caudalosa o vertiginosamente, al menos con sello de irreversibilidad.

Las objeciones a este planteamiento son previsibles: las mutaciones anteriores no envolvían un viraje tan radical del *statu quo* como la que ahora se postula; ergo, no cabe la analogía. Se podría argüir largamente sobre la materia, pero, tras dejar sentado el punto, preferimos trasladar el examen a un plano más sustantivo y pertinente.

A nuestro juicio, cualquier apreciación realista de la situación presente y de sus proyecciones tiene que asentarse obligadamente en las características muy peculiares de la estructura social y política chilena. Ellas son las que establecen el marco objetivo donde se da la acción y se libran las luchas. Ellas son las que marcan las diferencias entre lo que unos quieren y lo que efectivamente pueden o se puede. Recordando un viejo aforismo marxista: si bien los hombres hacen la historia, lo cierto es que la hacen dentro de parámetros que fijan los linderos generales de sus radios de maniobra, sus oportunidades de decisión.

Desde este ángulo, lo que diferencia a Chile de la mayoría de los países latinoamericanos no es la "vocación de libertad" o el "respeto a la institucionalidad", valores importantísimos, pero que no pasan de ser abstracciones para buena parte de la población. Lo que distingue desde antiguo a esta nación es el grado de estructuración de sus fuerzas sociales; la participación de esas mismas fuerzas según cánones clasistas e ideológicos; la vertebración de instituciones básicas como las fuerzas armadas, la propia Iglesia, los sindicatos, las agrupaciones gremiales, los movimientos estudiantiles, etcétera.

De esos factores objetivos, sedimentados en un largo decurso, que lejos de congelarse se han ido renovando secularmente, derivan en verdad los grados crecientes de convivencia democrática y participación general. Ellos son los pilares ciertos de la institucionalidad chilena. Paradójicamente, no es improbable que esa misma estructuración social, base evidente de la solidez institucional, al no traducirse en mayorías indisputables, sea una de las causas profundas de la falta relativa de dinamismo económico y de la escasa ampliación de la plataforma material de sustentación. Pero este rasgo, como se comprende, no debería ni podría ser causa de un rechazo de esa institucionalidad. El problema es cómo hacerla funcionar con mayor eficacia social.

La cuestión, por lo demás, ha quedado suficientemente expresada en el significado de las cifras electorales. Así como alguien ha señalado que unos dos tercios de la población se pronunciaron contra todo (el conservadurismo, la democracia cristiana y el "camino al socialismo"), es mucho más pertinente sostener que *hay dos denominadores abrumadoramente mayoritarios: el que expresa la voluntad de cambios sustanciales y el que preconiza el mantenimiento de un sistema "abierto", democrático y pluripartidista.*

El gran problema, el decisivo, es cómo ecuacionar esos términos, que hasta ahora no han logrado congeniar por completo y derivar en un régimen con amplia eficacia social.

Ahí está el reto para la dirigencia política chilena. Para contestarlo no parece haber "atajos" ni soluciones mágicas. Cualquier combinación que pretenda sacrificar uno de los términos en aras del otro parece condenada a fracasar o a crear problemas aún mayores que el que se plantea.

Por otro lado, sin embargo, poca duda cabe que las propias y complejas realidades de esa conformación estructural establecen condiciones excepcionales para el tránsito hacia fórmulas originales, que ya en sus manifestaciones embrionarias suscitan no sólo el interés latinoamericano sino también el mundial. En otras palabras, las circunstancias objetivas y subjetivas para nuevas formas de iniciativa y organización sociales existen. Traducirlas en realidad será responsabilidad

del liderazgo político. Y si éste fracasa, que no le eche la culpa al empedrado...

¿UN "OPTIMISMO PESIMISTA"?

En gran medida —y en relación al punto de vista de algunos grupos— el análisis esbozado puede parecer "optimista". Esto por una razón primordial: porque admite la "discontinuidad" que implica un cambio y, a la vez, la "continuidad" que supone mantener ciertas formas básicas de convivencia y expresión.

Por otro lado, también podría pensarse que es "pesimista", en el sentido de que no avizora trasformaciones tan importantes como para establecer un corte cualitativo en la evolución presente.

Lo primero es efectivo, siempre que se tengan en cuenta las reservas formuladas y la posibilidad siempre real de que acontecimientos inesperados y, en sustancia, "innecesarios", socaven todo el análisis.

Lo segundo no nos parece cierto. El programa del movimiento de izquierda descansa sobre un objetivo central y cualitativo, que involucra un cambio en el sistema de poder real o, si se quiere, la modificación de un parámetro de ese sistema, cual es la ampliación de la esfera de dominio público, aunque esto, por sí sólo, no constituya (o pueda constituir) una apertura hacia el socialismo.

Todos los demás propósitos están subordinados a la consecución y operación adecuadas de ese objetivo. Y en las condiciones estructurales descritas, la iniciativa es viable, aunque reste todavía por verse la manera y la eficacia con que esa base vital de acción podría o debería aprovecharse.

Tal iniciativa central puede ser difícil o conflictiva, pero más en el aspecto operacional que en el de la decisión, ya que para ésta no sería difícil obtener el asentimiento democrático, siempre que la órbita de acción sea establecida con claridad y no al calor de conflictos o presiones subalternas o locales.